

y de la raza misma. De tal manera ha necesitado el hombre la ayuda mutua que, solitario, se crea dos personalidades que se interrogan y se responden. Vivos los unos para los otros, aunque sacando la fuerza inicial de nuestro propio individuo; pretensión cándida, infantil, ó quimera de desesperado fué siempre querer, cada uno por sí, bastarse á sí mismo. Puesto que las condiciones mismas de la vida lo exigen, la estrecha solidaridad de hombre á hombre, es decir, la moral humana en su esencia, fué practicada siempre, no sólo entre los que están en estrecho contacto, sino también entre los muertos y los vivos, entre los que recorren su carrera consciente y los que no existen aún.

¡Qué precepto moral puede exceder en fuerza y en amplitud al dicho recogido por Radloff entre las poblaciones salvajes del Altai: «¡Cuando vayas á morir, no tires tu pan; antes de abandonar un campo, siémbrale!»<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> H. Vambéry, *Sittenbilder aus dem Morgenland*, pág. 314.



## DIVISIONES Y RITMO DE LA HISTORIA

*Cada estremecimiento terrestre  
corresponde á un balanceo de los cielos.*

### CAPÍTULO VI

EL SOL LEVANTE Y EL SOL PONIENTE.  
MERIDIANOS INICIALES. — CONVERGENCIA Y DIVERGENCIA DE LAS RUTAS.  
MARCHA DE LA CIVILIZACIÓN.

REMONTANDO en el pasado tan lejos como nos lo permite la perspectiva de los acontecimientos conocidos ó descubiertos por los sabios modernos, se observa y se comprueba que, hasta una época reciente, la mayor parte de la superficie terrestre estaba dividida en áreas étnicas aisladas, las unas de las otras, ó al menos bastante distintas para que la coherencia geográfica del territorio quedase ignorada de los mismos habitantes.

Ninguna tribu de la América del Norte tenía la concepción de un continente que se extiende desde el archipiélago polar hasta las tibias

aguas del mar de las Antillas; hasta las tribus, que en sus largas emigraciones habían recorrido el país de una á otra vertiente, no podían formarse sino una idea muy vaga de las regiones atravesadas, y sus huellas se habían perdido como la estela de un barco en el mar. Asimismo, en la América meridional, las tierras de escasa elevación, que forman la mayor extensión del gran cuerpo continental, y la mitad de las regiones montañosas pertenecían á tribus errantes ó sedentarias, que tenían un reducido horizonte geográfico. En cuanto á las naciones cultas de las mesetas, desde el Anahuac al Titicaca, estaban, por decirlo así, suspendidas en el inmenso espacio, sin relaciones con el resto de la humanidad.

La América entera se halló separada del mundo histórico hasta una época, solamente algunos siglos, anterior al descubrimiento de Guanahani por Cristóbal Colón; hasta pueden contarse muchas poblaciones americanas que permanecieron desconocidas largo tiempo después del descubrimiento del doble continente; no han sido unidas sino muy recientemente por los viajeros al conjunto del género humano.

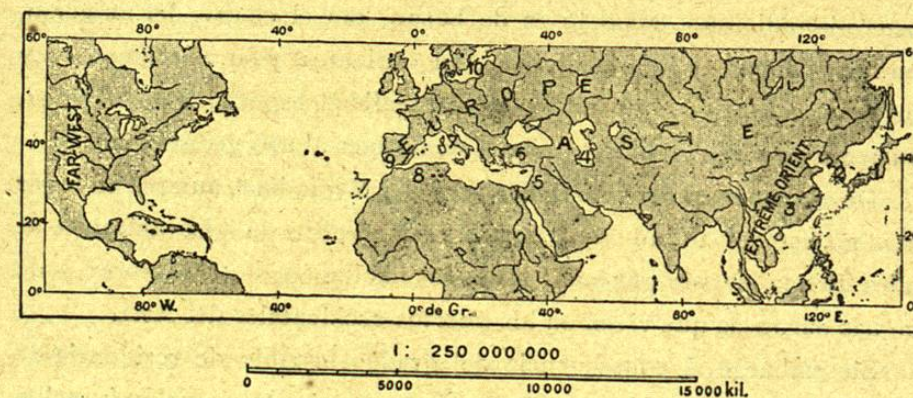
Si el Nuevo Mundo ha permanecido hasta los últimos siglos fuera del ciclo de la historia, el grupo de las masas continentales llamado «Mundo Antiguo» tampoco le pertenece por completo. Antes de Vasco de Gama, el Africa formó parte de él solamente por la cuenca del Nilo y por su litoral mediterráneo, Egipto, Cirenaica y Mauritania; inmensos espacios en la vasta extensión del Asia apenas habían entrado en el círculo del conocimiento humano, con las grandes tierras oceánicas y los grupos insulares del mar del Sud.

Los países que, en la lejana perspectiva de los tiempos, se nos presentan como surgiendo de la obscuridad de la noche para aclararse con luz crepuscular, se suceden desde el Atlántico al Pacífico, en grado diversamente luminoso y en límites desiguales. Los territorios que sintieron la influencia griega y romana, la meseta de Irán y los montes de Arabia, la India y la llanura que recorren los ríos chinos constituyen esta zona de la primera historia, cuyo sinuoso eje se marca al Oeste por la depresión del Mediterráneo, al Este por el diafragma de montañas llamado Immaus por los Antiguos (Himalaya). Quizá podrían añadirse las islas del Océano Índico que forman el séquito de las penínsulas gangéticas y la Insulinda propiamente dicha.

Esta zona de las tierras proto-históricas, de contornos muy indecisos, se divide naturalmente, según la forma de sus orillas y su relieve, lo mismo que por la repartición de los focos de civilización indígena, en cuerpos geográficos bien determinados: las islas Chipre, Rodas, Eubea,

N.º 41. Territorios del Sol levante al Sol poniente.

(Véase pág. 304)



1. Imperio del Sol levante, el Japón.
2. País del rocío matinal, la Corea.
3. Imperio del Medio, la China.
4. Mar Caspio, de Caspse — «iluminado por el Sol levante», — uno de los nombres del Demavend, cuya masa domina el mar.
5. Oriente. El nombre asirio de la Siria era Akkaru, que significa Occidente.
6. Anatolia, del griego Anatole — «salida del Sol». — Los países que costean el Mediterráneo oriental llevan también el nombre de Levante.
7. Hesperia, del griego Hesperos — «poniente». — Nombre dado sucesivamente por los griegos á Italia, por los romanos á España y á las islas del Atlántico oriental. Ausonia, nombre dado algunas veces á Italia; los Ausones eran los «orientales» de los egipcios (Andrés Lefèvre).
8. Mogreb. El país del poniente en árabe.
9. Reino de los Algarves — El Gharb, — igual nombre que el anterior.
10. Ost See — «mar oriental». — Nombre dado por los Alemanes al Báltico. Asia, de Assia, para los asirios, el país del Sol levante. Europa, de Ereb, para los Asirios, el país del Sol poniente.

En muchos países hay provincias y poblaciones designadas por su posición oriental ú occidental. Así en China, de *loung*, Este, y *nsi*, Oeste, se tiene Chan-tung, Chan-Nsi, Kwan-tung, Kwan-Nsi, Liao-tung, Kiang-Nsi; en Alemania, Westfalia; en Inglaterra, Essex, Middlesex, Wessex, Westminster; en Flandes, Ostende, Ostkerke, etc. No mencionamos los casos en que el calificativo es explícito (Pirineos Orientales).

El Norte y el Sud se utilizan mucho menos: mar del Norte, Suffolk, Norfolk, departamento del Norte, Normandía, Southerons (nombre dado á los ingleses por los escoceses), etc.

Sicilia; las penínsulas, Atica, Argólida, Italia; las cuencas fluviales, Nilo, Eufrates, Indus y Ganges, río Amarillo y río Azul; las mesetas y las montañas Anahuac y Tibet, Pirineos y Cáucaso. Esas diversas individualidades de la superficie planetaria se subdividen á su vez en cuerpos menores, y por otra parte se agrupan en vastas comarcas que presentan los mismos caracteres generales, rasgos comunes, frecuentes relaciones

mutuas; la proximidad territorial, las semejanzas y los choques de causa á efecto en el desarrollo histórico permiten reunir bajo una misma denominación países geográficamente distintos, habitados por pueblos diferentes.

Verdad es que se pueden designar las partes de la Tierra por su posición relativamente á los puntos cardinales; pero en este caso los términos empleados no pueden tener sino un sentido muy relativo: tomándose cada individuo, como lo es de hecho, por el centro del universo, tiene su «norte» y su «mediodía», su «oriente» y su «occidente»; y por pura concesión y abandono de la realidad especial á su persona, consiente en servirse de expresiones conformes al uso geográfico.

De ese modo el Provenzal dice ser «del Mediodía», aunque su lugar natal no esté ni al sud ni al norte, y el nombre de «Levantinos» se aplica de una manera general á todos los habitantes de costumbres y de lenguas europeas que viven en los puertos occidentales del Asia.

Sin embargo, á consecuencia del gradual cambio de residencia de los centros de civilización, sucede forzosamente que tal ó cual país recibe nombres que indican precisamente que la posición relativa de la comarca ha cambiado por completo. Por ejemplo, el Asia «anterior», que fué para los Asirios el Occidente por excelencia, se convirtió para los Bizantinos en la comarca del Sol levante, la Anatolia (Natolia, Nadolo); después, el «Imperio de Oriente», el heredero de Roma para una buena mitad del antiguo mundo ecuménico, abrazó en su extenso dominio el exarcado de Rávena, situado en esa misma península de Italia, llamada antes Hesperia, la «Tierra del Sol poniente».

Las palabras «Este» y «Oeste» cambian, pues, de sentido en el curso de las edades, y, para obtener más precisión en el significado real de estos términos, se ha debido, como en la botánica y en la zoología, añadir un calificativo al nombre de los países: «Oriente eslavo», «Oriente griego», «Oriente chino», «Extremo Oriente». Así, en los Estados Unidos, se distingue entre el «Este», el «Oeste» y el «Gran Oeste» (Far West). Los canadienses hablan también del «Gran Norte».

Se ha tratado, no obstante, de dar á los términos muy relativos que sirven para designar los puntos cardinales, un valor convencional definitivo, comprendido por todos los geógrafos. De este modo la palabra «Sud» ó «Mediodía», asociada casi siempre á la idea de calor excesivo

y de luz deslumbradora, se reservaría especialmente al Sahara y á los otros desiertos de la zona tórrida, de los dos lados del Ecuador<sup>1</sup>, de donde resultaría en buena lógica que la palabra «Norte» habría de aplicarse á la vez á las tierras heladas del hemisferio boreal y á las del hemisferio austral; pero semejante convención sería demasiado contraria á todos los usos para tener la menor probabilidad de ser adoptada, y por consiguiente el término «Sud», conservando forzosamente una significación de geografía estricta, no se refiere sino á la posición de las tierras relativamente al polo ártico. De una manera general, conforme al lenguaje ordinario, el Ecuador limita el Norte y el Sud, pero, más especialmente y sin explicación necesaria, representa la división natural indicada por las mismas formas continentales: América se encuentra naturalmente dividida en Norte y Sud por el mar Caribe y el pedúnculo de los istmos; el Mediterráneo es otra zona de separación formada por la Naturaleza, entre Europa, continente septentrional, y Africa, continente meridional. Más al Este, la línea divisoria es menos clara; no obstante, el contraste de los climas del Norte y del Sud se marca perfectamente por las vertientes opuestas de las montañas que, bajo diversos nombres, se continúan del Cáucaso y del Demavend al Himalaya. Pero completamente al este del continente asiático, la línea de división entre Norte y Sud es difícil de trazar: se confunde con la raíz de la gran península indo-china.

Frecuentemente también se ha tratado de establecer una diferenciación precisa entre el Este y el Oeste, y ya, según las ideas dominantes y las diversas comarcas, los geógrafos han escogido líneas meridianas de partición, dividiendo el mundo en dos mitades, consideradas la una como oriental, la otra como occidental. El meridiano de París, el de Greenwich, que se ha adoptado ahora, salvo algunas excepciones sin importancia, por los marinos del mundo entero, no podrán tener más que un valor muy convencional para la facilidad de los cálculos astronómicos entre la ascensión y el descenso del Sol, entre el Oriente y el Poniente; pero no coinciden en nada con una línea de separación natural. Entre todos los meridianos que los astrónomos han llevado de polo á polo, uno solo, el que había de unir

<sup>1</sup> Carl Ritter, *De la Configuration des Continents*, trad. de E. Reclus, «Revue Germanique», nov. 1859.

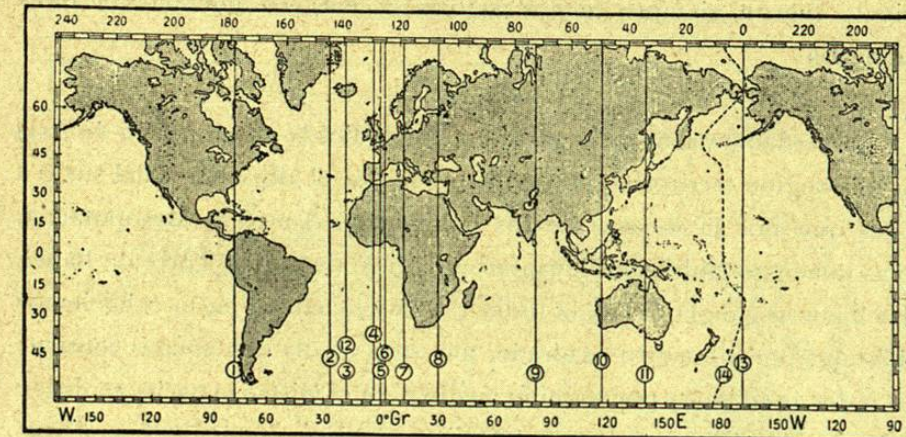
la Groenlandia á las tierras antárticas pasando por la isla de Hierro, parecía confundirse con una división geográfica, puesto que sigue en casi toda su longitud el foso del Atlántico entre el Antiguo y el Nuevo Mundo. La conservación de este meridiano habría acabado por fijar la significación de las palabras Este y Oeste, dándoles por sinónimos las expresiones Mundo Antiguo y Nuevo Mundo. Hasta cierto punto de vista, la cosa hubiera sido justa, puesto que la América, situada al Occidente de Europa, ha sido descubierta por navegantes que singlaban hacia el Oeste; pero estudiando el conjunto de las tierras que siguen su orden, se hace constar que la masa del doble triángulo americano continúa exactamente la curva del Asia alrededor de la gran depresión oceánica: desde el punto de vista de la génesis de las tierras, se encuentra, pues, al este del Mundo Antiguo, y la línea meridiana más lógica resulta la que pasa por el estrecho de Bering en la inmensidad del Pacífico.

Si hay empeño, como es conveniente, en escoger una línea de separación normal entre el Este y el Oeste, no sólo á causa de sus ventajas geográficas, sino especialmente en razón de la influencia que ese trazado de división ha determinado en la historia misma, se podrá fijar, hacia el principio de las edades entrevistas por la ciencia del pasado, en la zona media del Mundo Antiguo á cuyos dos lados los acontecimientos tomaron el carácter más original y distinto. Una primera división de ese género, muy justificada respecto á ciertas consideraciones, es la que dió sus nombres al Asia y á Europa: para los Asirios, el país de Asia, cuyo nombre se ha modificado diversamente después, era la región iluminada por los rayos del Sol levante; y el país de Ereb — Europa — comprendía todas las comarcas que se extienden hacia la púrpura de la tarde. Es cierto que la división geográfica entre los dos continentes, marcada por las ramificaciones orientales del Mediterráneo, corresponde á una diferencia considerable en el movimiento histórico de las comarcas ribereñas; sin embargo, los resultados generales de la historia comparada nos prueban que es preciso buscar mucho más al este de la costa de Siria el meridiano de división entre las dos mitades del mundo que mejor merecen los nombres convencionales de Este y Oeste, de Oriente y Occidente.

Parecería muy natural á primera vista fijar esta línea de separación en el límite de las cuencas fluviales que se inclinan de un lado hacia los mares de la India y de la China y de otro hacia el Atlántico por inter-

medio del Mediterráneo y de los otros mares interiores. Pero esta frontera, en gran parte artificial, especialmente en la travesía del Asia Menor, pasa por medio de poblaciones sujetas á las mismas influencias

N.º 42. Algunos meridianos iniciales.



MERIDIANOS INICIALES	POSICIONES CON RELACIÓN Á LOS DE		
	Greenwich (grados)	París (grados)	Bering (grados)
1. Washington . . . . .	77° 2' 0" W	79° 22' 15" W	178,6889
2. St. Michel (Açores) M. Chaucourtois . . . . .	26° 9' 45" W	28° 30' 0" W	144,7750
3. Isla de Hierro (Ferro) . . . . .	17° 39' 45" W	20° 0' 0" W	139,1083
4. San Fernando (España) . . . . .	3° 42' 0" W	6° 2' 15" W	124,8000
5. Greenwich . . . . .	0	2° 20' 15" W	127,3333
6. París . . . . .	2° 20' 15" E	0	125,7750
7. (M. Bouthillier de Beaumont) . . . . .	12° 20' 15" E	10° 0' 0" E	119,1083
8. Pulkowa (Petersburgo) . . . . .	30° 10' 15" E	27° 50' 0" E	107,1194
9. Udjein . . . . .	75° 52' 0" E	73° 31' 45" E	76,7556
10. Pekín (Observatorio imperial) . . . . .	116° 28' 49" E	114° 8' 34" E	49,6798
11. Tokio . . . . .	139° 46' 15" E	137° 26' 0" E	34,1528
12. Conical Hill (M. de Sarrauton) . . . . .	17° 30' 0" W	19° 20' 15" W	139
13. Bering (E. Reclus) . . . . .	169° 0' 0" W	171° 20' 15" W	0
14. Línea á cuyo paso se adelanta un día la fecha á bordo de los buques que van hacia el Oeste y se retrasa otro tanto á bordo de los barcos que van hacia el Este.			

Las cifras del borde inferior del cuadro corresponden á la división del Ecuador en 360°, contados de 0° á 180° Este y de 0° á 180° Oeste de Greenwich; las cifras del borde superior corresponden á la división del Ecuador en 240 grados, contados en un solo sentido de Este á Oeste, á partir de un meridiano que atraviesa la isla Ratmanoff (Diomedes) y está identificado con el 169° W Greenwich.

La división de M. de Sarrauton está determinada por el faro del Cabo Verde, cuyo meridiano (unos 17° 30' W Greenwich) está numerado 140; propone la división del Ecuador en 240 grados y el meridiano inicial corta entonces el continente americano cerca del Cabo del Príncipe de Gales á través de Conical Hill.

de suelo y de clima, participando en los mismos movimientos históricos y compuestas en gran parte de elementos de la misma procedencia étnica. Es necesario retroceder al verdadero límite entre el mundo occidental y